

SAN VICENTE DE PAUL, CONFESOR Y FUNDADOR.

SAN Vicente de Paul, padre de los pobres, nació á 24 de abril del año 1576 en el lugar ó aldea de Ranquines de la parroquia de Poy, diócesis de Acqs ó Dax, ciudad episcopal de la metrópoli de Auch en Francia. Era el tercero de los hijos de Guillermo de Paul y Beltrana de Moras; pobres de bienes de fortuna, aunque ricos con la inocencia de costumbres, quienes pasaban honestamente su vida con el producto de una pequeña propiedad cultivada por sus propias manos. Desde niño ya dió Vicente pruebas extraordinarias de talento; y manifestó un espíritu tal de oracion que en este ejercicio empleaba mucha parte del tiempo en que estuvo ocupado en guardar ganado por los campos. Para dar á Cristo en la persona de sus pobres cuanto en su mano estuviere, se privaba aun de sus escasas conveniencias, cercenando todo lo que le era posible de su propio uso. La temprana consagracion de sus potencias á Dios, y aquellos pequeños sacrificios, eran unos seguros indicios del ardor con que principiaba á buscar á Dios desde la primera aurora de su razon, á conocerle y amarle; y fueron sin duda medio de que el autor de estas gracias se valió para llenarle de otras muchas bendiciones. Las piadosas inclinaciones del hijo movieron al padre á procurarle educacion metódica en las escuelas: enviólo á la ciudad de Acqs, y púsole al cuidado de los padres franciscanos donde concurrían otros muchachos para ser educados en piedad y letras.

Cuatro años habia estado S. Vicente en aquellas escuelas cuando prendado de su virtud un caballero del mismo pueblo llamado Mr. Commet, le eligió para ayo de sus hijos y le habilitó para continuar sus estudios sin servir de carga á sus padres. A los veinte años de su edad, que se contaba el de 1596, estaba ya bien calificado para pasar á la universidad de Tolosa; donde estudió la teología y en que fué graduado de bachiller en ella. En la misma ciudad fué promovido á los órdenes sagrados del subdiaconado y diaconado en el año de 1598, y en el de 1600 al sacerdocio, habiendo recibido la tonsura y menores pocos dias antes de su partida de Acqs. De antemano habia ya parecido dispuesto y dotado de todas aquellas virtudes que forman el carácter de un ministro del altar zeloso y digno: con todo eso no conocia toda la estension de una entera y heroica negacion de sí mismo, con la que los hombres llegan á tenerse como muertos y crucificados para todos los apetitos desordenados; sobre cuya perfecta negacion va fundado el sacrificio total de un corazon á Dios,

la perfecta humildad, y la pureza y ardor de la caridad divina que constituye formalmente la santidad. Vicente aprovechó mucho en la teología, y en las demás ciencias de la escuela, y se habia aplicado diligentemente al estudio de las máximas de la virtud cristiana en el Evangelio, en las vidas de los Santos, y en la doctrina de los mas grandes maestros de la vida espiritual; pero aun quedaba nueva ciencia que aprender, que le debia costar mucho mas que un mero estudio y un trabajo estéril; es á saber, la práctica espermental y tiernos sentimientos de humildad, paciencia, mansedumbre y caridad; ciencia que solo se aprende con el buen uso de las probaciones interiores y exteriores. Este es el misterio de la Cruz, desconocido de aquellos á quienes el Espiritu Santo no ha comunicado el importante secreto de su conducta y modo de preparar las almas para recibir los extraordinarios dones de su gracia. La prosperidad de los inicuos se verá en el último dia haber sido las mas veces el mas terrible de los juicios de Dios; y al contrario manifesto será á todos los hombres que las alicciones de los santos fueron efectos de la misericordia divina. Así Dios con un encadenamiento no interrumpido de desastres temporales puso en el espíritu de Vicente los cimientos mas sólidos, sobre que erigió la virtud eminente á que le llegó á elevar en adelante su gracia.

Sabiendo el Santo que un amigo suyo le habia dejado un pequeño legado, pasó para recibirlo al territorio de Albi y de allí á Marsella. Tratando de regresar á Tolosa se embarcó para Narbona, la cual fué asaltada de piratas africanos. Los cristianos rehusaron rendirse, haciendo viva tenaz resistencia; pero los infieles, que eran muy superiores en número y en armas, cargaron sobre ellos con furia y á la primera descarga mataron tres hombres, é hirieron casi á todos los demás, entre ellos á Vicente, el cual recibió un flechazo que le maltrató bastante. Viéronse pues obligados los cristianos á rendirse, y lo primero que con ellos hicieron los mahometanos fué hacer pedazos al capitan: á los demás les aprisionaron y los llevaron á Tunez. Aqui desnudado S. Vicente de sus vestidos, encadenado y en traje de esclavo, fué paseado por las calles de la ciudad y vendido á un pescador. Este lo volvió á vender á un médico ya viejo, que se preciaba de gran químico, quien le trató no solo con humanidad sino con carino, prometiéndole todas sus riquezas y la libertad si abrazaba el mahometismo. S. Vicente que mas temia el peligro en que estaba su alma que todas las penalidades de su esclavitud, imploraba con el mayor fervor la misericordia divina, encomendándose muy particularmente á la intercesion de la Santísima

Virgen Maria, á la cual siempre después atribuyó la victoria de aquella tentacion. Por la muerte del médico tocó en parte de herencia á un sobrino de su difunto amo, bárbaro de secta y de corazon. Este después lo vendió á un cristiano renegado de Niza quien le destinó á la labor del campo en una montaña desierta. Tres mujeres tenia el apóstata, y una de ellas, mahometana, iba con frecuencia al campo en que Vicente trabajaba, y por curiosidad mandóle cierto día que cantase las alabanzas de su Dios. Obedeció el santo esclavo, y acordándose de las palabras de los hijos de Israel esclavos en Babilonia: *Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena*; entonó con lágrimas el salmo: *Super flumina Babylonis*, etc., luego la *Salve Regina* con otras oraciones semejantes. Tan prendada quedó la mahometana de los cánticos cristianos, que no cesaba de decir á su marido que habia obrado muy mal en abandonar su antigua religion, hasta que como otro Caifas, ó burra de Balaam, sin abrir sus propios ojos á la fe, se los hizo abrir á su marido. Arrepentido éste sinceramente de su apostasia, se convino con Vicente en intentar juntos su fuga. Cruzaron pues el Mediterráneo en un pequeño barco ó bote, no sin especial ayuda de la Santísima Virgen, que invocada con frecuencia de S. Vicente, era la única esperanza de su libertad. Desembarcaron por fin salvos en Aguas-muertas, cerca de Marsella, á 28 de junio del año de 1607, desde donde pasaron á Aviñon. El apóstata hizo la abjuracion en manos del vice-legado del papa, y al año siguiente fué con Vicente á Roma, en cuya ciudad entró en el austero convento de los Fate-ben-Fratelli, los cuales servian los hospitales segun la regla de S. Juan de Dios.

Recibia Vicente una extraordinaria complacencia viéndose en el sitio mas sagrado y eminente que la Iglesia tenia, regado con la sangre de tantos mártires y honrado con los sepuleros de los dos apóstoles S. Pedro y S. Pablo y de otros infinitos santos, cuyas santas reliquias visitaba en los templos y catacumbas, rogando ser hecho digno de seguir sus huellas y de imitar sus virtudes. De vuelta á Paris, se aplicó al estudio del derecho canónico, en cuya facultad obtuvo el grado de licenciado, y luego se consagró enteramente al servicio de los pobres enfermos en el hospital de S. Juan de Dios llamado de la Caridad.

En este tiempo servia S. Vicente de capellan y aun de consejero á la reina Margarita de Valois, ya separada de los negocios del mundo; y entonces le aconteció un lance que descubrió el fondo de su humildad y de su caridad. En su mismo cuarto vivia un caballero natural de Burdeos y juez de Soré, á quien cierto mozo con

ocasion de buscar un vaso en un armario abierto le robó cuatrocientos escudos. No hallando el juez sus escudos sospechó y acusó á Vicente de aquel robo; irritado, llena de injurias al santo varon y lo infama públicamente hablando contra él entre sus amigos y en cuantas partes se le ofrecia la ocasion. S. Vicente se limitó á negar pacíficamente el hecho, diciendo: «Dios sabe la verdad.» Seis años estuvo sufriendo la calumnia con resignacion, esperando á que se descubriese la verdad, como en efecto se descubrió en Burdeos, donde habiendo sido preso el ladron con otro motivo, por descargar su conciencia hizo llamar al mismo juez, restituido á su patria, y le confesó su crimen. Este confuso pidió humildemente perdon de su sospecha y calumnia al inocente Vicente. De este acontecimiento dedujo el siervo de Dios cuan peligrosa es á los buenos sacerdotes la compañía de los seglares; en su consecuencia pasó á vivir con el presbítero Berullo y otros sacerdotes ejemplares, los cuales vivieron juntos hasta fines del año 1611 en que tuvo principio por ellos en Francia la congregacion del Oratorio; á la cual no fué asociado S. Vicente porque el cielo le tenia destinado para fundar otra congregacion, conforme á la profecia del P. Berullo, que después fué cardenal, en cuyas manos habia puesto el Santo su alma y su libertad.

Por orden pues de dicho P. Berullo aceptó S. Vicente el curato de Clichy, parroquia poco distante de Paris; y mas adelante, por mandado del mismo padre, renunció la parroquia ya muy mejorada y entró en casa del conde de Joigny, Manuel de Gondy, general de las galeras de Francia, en calidad de capellan y preceptor de tres hijos suyos, de los cuales el primero fué duque y par, el segundo murió en edad tierna, y el tercero fué arzobispo de Paris y cardenal. De la entrada de S. Vicente en esta casa dispuso la divina Providencia que tuviese principio la congregacion de la Mision con motivo del suceso siguiente. La esposa del general, Francisca de Silly, señora de singular piedad, se prendó tanto de la santidad de Vicente que le eligió por confesor y director espiritual suyo. Corrian los años de 1616, cuando estando la condesa de Joigny en su quinta de Folleville, diócesis de Amiens, fué llamado nuestro Santo á confesar á un labrador gravemente enfermo en la parroquia de Gannes, tenido comunmente por muy buen cristiano. Fué allá S. Vicente, y examinando escrupulosamente al penitente halló por conveniente aconsejarle que hiciese una confesion general, á lo cual condescendió gustosamente el enfermo. El resultado fué conocer el penitente que todas sus confesiones habian sido sacrilegas por falta del debido exámen de conciencia; y tan trocado quedó su cora-

zon, que bañado en lágrimas declaró en presencia de muchas personas y de la misma condesa de Joigny, que sin aquella confesion general se hubiera condenado irremisiblemente. Esta piadosa señora tembló de horror al oír tales sacrilegios, y al considerar el peligro inminente en que se había hallado de condenarse aquella alma del que en tan buen concepto era tenido; y al mismo tiempo se estremecía al reflexionar cuantos de sus vasallos que eran tenidos en menos concepto se hallarian en igual caso. Rogó pues á S. Vicente predicase en la iglesia de Folleville en la fiesta de la conversion de S. Pablo, en el año de 1617; y que instruyese completamente al pueblo de la obligacion indispensable de la contrición y confesion de los pecados. Así lo hizo; y con tal fervor ponderó el Santo la utilidad de la confesion general, que á tropel acudieron las gentes para este fin al siervo de Dios; quien no quiso oírles, sin embargo, antes de haberlos mejor instruido en los dias siguientes. Esta fué la primera de las misiones de S. Vicente de Paul, de las cuales cogieron copiosos frutos aquel año los moradores de las tierras y dominios de la casa de Gondy; y la congregacion en hacimiento de gracias por ella guardan el 25 de enero con gran solemnidad.

Por consejo del P. Berullo dejó S. Vicente la casa de los condes de Gondy en el año de 1617 para emplear su zelo entre el comun pueblo de los lugares y aldeas de Bressa, donde habia oido que habia mucha necesidad y falta de instruccion. Consiguio persuadir á otros cinco zelosos sacerdotes que le acompañasen, y con ellos formó una pequeña comunidad en la parroquia de Chatillon en aquella provincia, parroquia abandonada hacia mas de cuarenta años por sus propios pastores por lo tenue de su renta que apenas llegaba á cien libras. Aquí convirtió con sus sermones al famoso duelista conde de Rougemont y á otros muchos de sus vidas escandalosas á un estado de eminente fervor y penitencia, y en muy corto tiempo mudó toda la faz de aquella parroquia, donde con licencia del arzobispo de Leon instituyó la primera cofradía de mujeres llamada de la Caridad, para emplearse en el alivio de los pobres enfermos.

Interpuesta la autoridad de su director espiritual para obligarle á volver á la casa de Gondy, distribuyó su pobre ajuar á los pobres de la parroquia y partió de Chatillon acompañado del llanto general del pueblo. La condesa al recibirle en su casa le hizo prometer que nunca abandonaría el cuidado de dirigir su conciencia durante toda su vida, y que la asistiría en su última hora si él la sobrevivía. Entretanto hizo conocimiento S. Vicente con S. Francisco de Sales, y éste le recomendó en 1620 la di-

reccion de la venerable madre de Chantal Juana Francisca Fremiot, y de las otras religiosas de la órden de la Visitacion, poco antes establecida en Paris. Esto no obstante, no estaba satisfecho el zelo de S. Vicente: dedicábase á las misiones, objeto privilegiado de su acendrada piedad, con gran fruto de los pueblos y reduccion de muchos herejes; y estableció en la ciudad de Coigny una cofradía de hombres, para alivio de pobres enfermos. Visitaba hospitales y cárceles, donde continuaba aun las misiones. Pasó á ver los pobres condenados á galeras, á los cuales consoló, remedió y administró los sacramentos. Sabido esto de Luis XIII creó un nuevo oficio de capellan mayor de las galeras, que con título de limosnero del rey se confirió á nuestro Santo, y en su virtud partió para Marsella, donde visitó aquella comunidad de condenados; tratólos con cariño, proveyó á las necesidades de sus cuerpos con limosnas y á las de sus almas con el pasto de la divina palabra y de los sacramentos. Tal mudanza hubo de pecadores arrepentidos que aquellas mismas galeras antes albergue de pecados, pasaron á ser casas de virtud por el zelo de san Vicente y despues de sus hijos, á quienes dejó con su espíritu la administracion de su hospital con la fundacion de la casa de la Mision en Marsella. Habiendo visto cierto dia á un infeliz galeote inconsolable de haber dejado á su mujer é hijos reducidos á la mas estremada miseria, compadecido el Santo ofrecióse á ocupar el puesto de aquel desgraciado; y lo que quizá parecerá increíble, fué aceptada la sustitucion propuesta: S. Vicente fué pues encadenado entre la chusma de galeotes; y la hinchazon de los pies de que padeció por todo el resto de su vida atestiguaba de una manera indudable la dureza y peso de los hierros que glorificaron uno de los mas heróicos actos de la caridad cristiana.

Habia ya llegado por fin el tiempo destinado por la divina Providencia para hacer brillar en su Iglesia la nueva Congregacion de la Mision. Descando la señora de Gondy á vista de los copiosos frutos de las misiones del siervo de Dios, de que otros, especialmente los que estaban particularmente encomendados á su cuidado, no quedasen privados de cuanto pudiese contribuir á su salvacion y santificacion, indujo á su marido á que concurriese con ella al establecimiento de una comunidad de hábiles y zelosos misioneros, que se empleasen en asistir á sus vasallos y colonos. Propusieron este proyecto al hermano de ellos Juan Francisco de Gondy, primer arzobispo de Paris, y este dió el colegio de *Bons-Enfans*, vacante á la sazón, para habitacion de la nueva comunidad. Concertadas todas las cosas, tomó san

Vicente posesion de esta casa en el mes de abril del año de 1625; y para principiar la fundacion dieron el conde y la condesa cuarenta y cinco mil libras francesas.

San Vicente acompañó á la piadosa condesa, conforme se lo habia prometido, hasta la muerte de ésta, acaecida en 23 de junio del mismo año de 1625; despues de la cual se retiró á su congregacion. Estableció para ella ciertas reglas y constituciones que fueron aprobadas por el papa Urbano VIII en el año de 1632. El rey Luis XIII confirmó el establecimiento con letras patentes que les concedió en mayo del mismo año; y en el de 1633 los canónigos regulares de S. Victor dieron á este nuevo instituto el priorato de S. Lázaro, que por ser un edificio muy espacioso fué constituida casa principal de la congregacion, y de ella los padres de la Mision han sido llamados comunmente *Lazaristas* ó *Lazarinos*. Estos no son religiosos sino congregacion de clérigos seculares, que despues de dos años de probacion hacen los cuatro simples votos de pobreza, castidad, obediencia y constancia. Se dedican en primer lugar á trabajar por la santificacion de sus almas con los ejercicios particulares prescritos en su regla: y en segundo por la conversion de los pecadores á Dios; y últimamente en instruir á clérigos para el ministerio del altar, y el cuidado de las almas. Para conseguir lo primero prescribe la regla una hora de meditacion todas las mañanas, exámen de conciencia tres veces al dia, conferencias espirituales todas las semanas, un retiro anual de ocho dias, y perpetuo silencio, á escepcion de las horas permitidas para la conversacion. Para cumplir la segunda obligacion se emplean ocho meses cada año en misiones en los pueblos circunvecinos, permaneciendo en cada lugar tres ó cuatro semanas, dando todos los dias el catecismo, haciendo sermones familiares, oyendo confesiones, reconciliando desavenencias, y haciendo toda especie de obras de caridad. Para corresponder á la tercera, que fué el fin principal que se propuso S. Vicente, algunos de esta congregacion toman á su cargo la direccion de seminarios, y admiten á personas eclesiásticas y seglares tambien, á retirarse con ellos por espacio de ocho ó diez dias, prescribiéndoles en ellos los correspondientes ejercicios; para cuyo intento quedaron establecidas por el mismo fundador reglas excelentes. El papa Alejandro VII en el año de 1662 mandó por un breve, que todas las personas que hubieran de ser promovidas á sacras órdenes en Roma, ó en los seis obispados sufragáneos, se retirasen antes por espacio de seis dias bajo la direccion de aquellos padres, con pena de suspension á los contraventores. S. Vicente estableció tambien su instituto en el

seminario de S. Carlos en Paris, y vivió hasta haber visto veinte y cinco casas de su congregacion fundadas en Francia, Piamonte, Polonia y otros lugares.

Esta fundacion aunque tan estensiva y tan benefica, no satisfacia todavia el zelo de este hombre apostólico. Por otros muchos medios procuraba el remedio del prójimo en todas las necesidades, tanto espirituales como corporales. Para esto estableció diferentes hermandades, como la de las *Hijas de la Caridad*, para asistir á todos los pobres enfermos en cada parroquia; cuyo instituto principiò en Bressa, y se propagó en cuantos lugares hizo el Santo sus misiones: la llamada de las *Damas de la Cruz*, para la educacion de niñas: otra con el nombre aun de la *Caridad*, para servir á las enfermas de los grandes hospitales, como en el *Hôtel de Dieu* en Paris. Procuró y dirigió las fundaciones de grandes hospitales, como en Paris el de los *Niños espósitos*, en 1640, que por la malicia ó miseria de padres desnaturalizados quedaban abandonados. Nadie antes que S. Vicente de Paul, habia dado eficaz remedio á esta necesidad, mayor de lo que se puede encarecer; porque unos comidos de perros, otros por falta de alimento, otros por violentos dormitorios, y otros vendidos por vil precio á personas infames, por la mayor parte morian en breve; y lo que era mas lastimoso, sin bautismo. Memorable es el soberbio hospital para los galeotes de Marsella, donde quando están enfermos se les provee abundante y caritativamente de todo socorro espiritual y corporal. A todos estos establecimientos los dotó S. Vicente con excelentes reglas, y con sumas considerables de dinero.

Arregló tambien un plan espiritual de ejercicios para los que estaban preparándose á las órdenes; y otro distinto para el que se disponia á hacer una confesion general, ó á meditar en la eleccion de estado. Tambien puso conferencias regulares eclesiásticas sobre las obligaciones del estado clerical, etc. Increible parece que un hombre solo hubiese podido acabar tantas cosas y tan grandes; y por un hombre que ni tenia las ventajas del nacimiento, ni de la fortuna, ni calidad alguna brillante de aquellas que el mundo admira y estima. Pero seria nuestra admiracion mayor si entrásemos en una consideracion circunstanciada de sus actos maravillosos y de las infinitas ventajas que á otros procuró su conducta. Informado de las miserias que las provincias de Lorena padecian durante la cruel guerra que las asolaba, recogió inmensas limosnas de los piadosos de Paris, y las remitió á aquellos paises, ascendiendo su cantidad hasta el exceso de quince y diez y seis mil libras, dice Abelly; y segun prueba

Collet por testimonios auténticos, de dos millones, esto es, según el valor de la moneda en aquellos tiempos: y lo mismo hizo en otras muchas ocasiones.

Asistió al rey Luis XIII en su último trance, y con sus consejos y exhortaciones espiró aquel monarca con perfectos sentimientos de piedad y de resignacion. Nuestro Santo era muy favorecido de la reina gobernadora Ana de Austria, la cual le nombró miembro del real consejo de conciencia, y le consultaba en todos los negocios eclesiásticos, y en la colacion de todos los beneficios; cuyo oficio desempeñó diez años.

Entre la confusion de tantos y tan grandes empleos como estaban á su cargo siempre conservó su alma estrechamente unida con Dios; en los negocios mas distractivos conservaba siempre un ojo abierto sobre sí, como destinado á velar únicamente en sí propio. Esta constante atencion á sí mismo la renovaba continuamente, y siempre que daba el reloj, haciéndose la señal de la cruz (y á lo menos secretamente formándola con el dedo pulgar en el pecho) con un acto de amor divino. En todas las adversidades, infortunios y persecuciones conservaba una serenidad inalterable de espíritu, que parecia incapaz de ser perturbada de todo el poder del mundo; porque todos los sucesos les consideraba dimanados de la voluntad de Dios, y les miraba con una perfecta resignacion á ella, sin otro objeto ni deseo que el que Dios fuese glorificado en todas las cosas. Ni una leve moción hacian en él las afrentas, antes bien se regocijaba en ellas, porque no dudaba encontrar en las mismas un tesoro de gracias, y una oportunidad la mas feliz de vencerlas. Este es el fruto de la victoria que gana sobre el espíritu la virtud de la perfecta negacion. Y es el mas perfecto sacrificio que se hace á Dios, el mas seguro testigo de la virtud verdadera, la victoria mas heróica, y el triunfo mas glorioso del alma llevar con paciencia una calumnia, una injuriosa sospecha, ó un insulto contra justicia; cuyo acto es mas precioso y brillante que el mas heróico exterior de todas las virtudes: lenguaje muy repetido, pero muy poco entendido, y menos practicado entre los cristianos. La perfecta negacion de sí mismos, la humildad profunda, y un espíritu eminente de oracion son los medios por donde san Vicente llegó al grado elevado de su perfeccion, y los mas recomendados por él á sus discípulos. La humildad quiso que fuese la basa de su congregacion, y esta fué la leccion que nunca acabó de repetirles, exhortándoles á ocultar sus talentos naturales. Habiéndose presentado á ser admitidas en su congregacion dos personas de estraordinaria doctrina y habilidad, las negó su

admission, diciéndoles: «Vuestra habilidad y suficiencia son superiores á nuestro estado humilde. Vuestros talentos pueden servir con utilidad en otra parte. Por lo que hace á nosotros toda nuestra ambicion consiste en instruir al ignorante, en llevar pecadores al espíritu de penitencia, y plantar el evangélico de caridad, mansedumbre y sencillez en los corazones del cristiano.»

Ejercitó tambien su zelo S. Vicente contra las novedades que en su tiempo se suscitaron relativas á la gracia divina. Poco tiempo despues de la muerte de Jansenio, acaecida en mayo de 1638, apareció su notable libro con el título de *Augustinus*, del nombre de S. Agustin, libro del cual fueron entresacadas las cinco pestíferas proposiciones. Luego que S. Vicente reparó en el veneno que ellas contenian, no dejó por probar medio alguno á fin de que fuesen condenadas en Roma y detestadas en París y en todas partes. Y en efecto, confiesan los mismos jansenistas que la bula de Urbano VIII contra dicho libro, publicada en París despues del año de 1643, fué eficazmente solicitada de S. Vicente; siendo tambien obra suya la suscripcion de aquella célebre carta que enviaron á Inocencio X ochenta y cinco obispos de Francia, para conseguir sobre dichas proposiciones el oráculo decisivo de la santa Sede. Por cuya razon Gerberon, historiador jansenista, le hace el blanco de su rencor y de sus dictarios, bien que las invectivas vagas y generales de los enemigos de la verdad son la recomendacion mayor del zelo y de la piedad. Pero los constantes esfuerzos de nuestro Santo para estirpar aquella herejia, dice Abelly, no le hicieron adoptar una moral relajada por el contrario extremo; pues constantemente no aborreció menos ésta que los mismos errores de Jansenio. Cuidaba muy particularmente en insistir sobre las condiciones de la verdadera contricion para hacer el arrepentimiento sincero y perfecto; por falta del cual, solia decir con S. Ambrosio, que algunos penitentes pretendidos se hacen mas criminales por su sacrilega hipocresia en el abuso de tan grande sacramento, de lo que lo eran antes con sus primeros pecados.

En el año de 1658 juntó S. Vicente los miembros de la congregacion en S. Lázaro, y le dió á cada uno un libro de las reglas que él habia compuesto. Al mismo tiempo hizo una exhortacion muy patética para esforzar su observancia religiosa y exacta. Esta congregacion fué segunda vez aprobada y confirmada por Alejandro VII y Clemente X.

La constitucion robusta de este siervo de Dios ya iba decayendo á fuerza de fatigas y austeridades, y á los ochenta años

de su edad fué acometido de una fiebre periódica con violentos sudores por las noches. Pasada esta casi sin dormir, y con las mayores agonías, nunca dejó de levantarse á las cuatro de la mañana, para invertir tres horas en oracion, para decir misa todos los dias (á escepcion de los tres primeros de su retiro anual segun la costumbre que tenia establecida) y á ejercitar como siempre su zelo infatigable en los ejercicios de caridad y religion. Aun redobló su diligencia en dar instrucciones á sus hijos espirituales; y rezaba todos los dias despues de la misa las oraciones de la Iglesia por los agonizantes, con la recomendacion del alma, y otros actos preparativos de la última hora. Alejandro VII en consideracion á la suma debilidad á que le tenia reducido su enfermedad, le envió un breve dispensándole de la obligacion del rezo del breviario; pero antes que éste llegase habia ya el siervo de Dios acabado la carrera de sus trabajos. Habiendo, pues, recibido los últimos sacramentos, y dando sus últimos consejos espiró pacíficamente en 27 de setiembre del año de 1660, siendo de ochenta y cinco de edad. Fué sepultado en la iglesia de S. Lázaro en París con una pompa y concurso extraordinarios. Muchos son los milagros con que el Señor ha querido honrar á su fiel siervo y manifestar su santidad. Mr. Bonnet, superior del seminario de Chartres, general despues de la congregacion; implorando la intercesion de este Santo, quedó sano instantáneamente de una inveterada rotura, que habia sido declarada incurable por todos los cirujanos; cuyo milagro fué aprobado por el cardenal Noailles. Otras curas de fiebres, almorranas, perlesias, disenterias, y otras muchas enfermedades fueron tambien probadas juridicamente. Una niña de ocho años muda y coja fué enteramente curada en virtud de una novena que hicieron segunda vez ella y su devota madre en honor de S. Vicente. Su cuerpo fué visitado por el cardenal Noailles en presencia de muchos testigos en el año de 1712, y hallado entero y fresco, y sus vestiduras en el mismo estado que si fuesen nuevas. Volvieron entonces á cerrar su tumba; cuya ceremonia es por lo comun usada antes de la beatificacion de cualquiera siervo de Dios, aunque la incorrupcion del cuerpo no se considera precisamente milagrosa ni como prueba auténtica en Roma, ni al contrario, como observa muy bien Collet. Despues del riguroso exámen é indagacion de la conducta, virtud heroica, y milagros de este en Roma, el papa Benedicto XIII formó con gran solemnidad la ceremonia de su beatificacion en el año de 1729; y en consecuencia de su publicacion mandó el arzobispo de Paris que volviesen á abrir su tumba. La mariscal

de Noailles, el mariscal su hijo, y otras muchas personas se hallaron presentes á este segundo registro; pero se halló ya corrompida la carne de las piernas y de la cabeza, cuya alteracion del estado en que habia sido hallado veinte y siete años antes fué atribuida á una inundacion de aguas que habia cubierto la bóveda doce años hacia. Continuáronse obrando milagros con mucha frecuencia con las reliquias, é invocacion de S. Vicente. Una monja benedictina de Montmirel afligida de una violenta fiebre, detencion de orina, úlceras, y otras dolencias, lleno su cuerpo todo de tumores de un tamaño enorme, y habiendo estado mucho tiempo paralítica, fué perfectamente curada de repente con la reliquia de S. Vicente, aplicada por monseñor José Languet, obispo entonces de Soissons. Francisco Richer en París fué curado tambien de un modo no menos milagroso. Luisa Isabel Sackville, dama jóven inglesa residente en París, quedó sana de una perlesia haciendo una novena ante el sepulcro de S. Vicente; cuyo milagro fué testificado de un modo muy patético entre otros por Hayes, protestante inglesa, con quien vivia la primera. Sackville se hizo despues monja en la abadía de Francia, llamada del Santo Sacramento en París, vivió diez años sin ser retocada de la misma enfermedad, y murió en el de 1742. S. Vicente fué canonizado en el de 1737 por el papa Clemente XII.

SANTA MACRINA, VÍRGEN.

FUÉ la mayor de los diez hijos de S. Basilio el viejo y de santa Emmelia; y criada con sentimientos escelentes de piedad, despues de la muerte de su padre consagró con voto su virginidad á Dios, y ayudó mucho á su madre en la educacion de sus hermanos y hermanas. S. Basilio el Magno, S. Pedro de Sebaste, S. Gregorio de Nissa, y los demás aprendieron de ella aquel temprano desprecio que del mundo hicieron, aquel miedo á sus peligros, y aquella aplicacion á la oracion y á la palabra de Dios. Cuando para mayor aprovechamiento de ellos les enviaron fuera de su casa, Macrina persuadió á su madre á continuar con ella en la fundacion de dos monasterios uno para hombres y otro para mujeres á corta distancia uno de otro, en una hacienda propia cerca de Ibora en Ponto. El primero fué gobernado por S. Basilio, y despues por S. Pedro. Macrina escribió las reglas para las monjas con admirable prudencia y piedad, y estableció en aquel monasterio el amor y el espíritu de una pobreza universal, de un desprendimiento completo del mundo, de mortifi-

cación, humildad, continua oración, y canto de salmos. Dios se dignó de afligirla con un cáncer muy penoso, que al fin le curó su madre, haciendo á ruegos de ella la señal de la cruz sobre la llaga; sola una cicatriz negra quedó en la misma parte en que le habia tenido.

Después de la muerte de Sta. Emmelia dispuso Macrina de todo cuanto habia quedado de sus haciendas en beneficio de los pobres, y vivió como todas las demás monjas de lo que adquiria con la labor de sus manos. Su hermano Basilio murió á principios del año de 379, y ella cayó enferma á los once meses de aquella muerte. Haciéndola S. Gregorio de Nissa una visita después de ocho años de ausencia, la encontró acometida de una calentura maligna, recostada en dos tablas, de las que una la servia de cama y otra de cabecera. Con sus piadosos discursos quedó sumamente confortada, y animada de un fervor y de un deseo ardentísimo de divino amor y penitencia, con que se preparó para su última hora. Espiró pues en paz después de haberse armado con la señal de la cruz. La pobreza de su casa era tal que no se halló con que cubrir su cadáver cuando la llevaron á la sepultura sino su mismo manto antiguo y su velo; pero S. Gregorio le echó su manto episcopal para cubrirla. Ella habia llevado al cuello una cinta ó cordon de que pendia una cruz de hierro y un anillo. S. Gregorio dió la cruz á una monja llamada Vestiana, y el anillo le guardó para sí, por estar hueco y contener dentro una partícula de la cruz verdadera. Araxo, obispo de aquel lugar, y S. Gregorio formaron su procesion fúnebre, que se compuso de clérigos, de mōnges y de monjas en dos coros separados. Toda la comitiva iba cantando salmos con antorchas en las manos; y sus santas reliquias fueron conducidas á la iglesia de los cuarenta Mártires una milla distante del monasterio, y depositadas en la bóveda misma de su santa madre, donde se hicieron preces y sacrificios por ambas. Sta. Macrina murió en diciembre del año de 379; pero se hace su conmemoracion tanto por griegos como por romanos en el 15 de julio.

SAN SIMMACO, PAPA Y CONFESOR.

FUE natural de Cerdeña, y arcediano de la Iglesia de Roma en tiempo del papa Anastasio, á quien sucedió en la Santa Sede en el año de 498. Festo, patricio romano, habia sido ganado por Anastasio, emperador de Constantinopla, y protector de los eutiquianos, para procurar del papa Anastasio una confirmacion del Henoticon de Zenon, edicto imperial en favor de los herejes,

como refiere Teofanes. Muerto aquel papa ganó varios votos Festo con sus máquinas para elevar al pontificado al arcipreste de Sta. Praxedes. Ambos habian sido ordenados en un mismo dia: Simmaco en la basilica de Constantino, y Lorenzo en la de nuestra Señora. Teodorico, rey de Italia, aunque arriano, mandó que fuese confirmada la eleccion que se hubiese hecho primero, y á pluralidad de votos por el mayor número, por cuya regla fué reconocido por legitimo papa Simmaco. Este convocó un concilio en Roma de sesenta y tres obispos, y sesenta y siete presbíteros, el cual mandó, para precaver facciones y partidos en las elecciones de los papas, que si alguno prometia su voto á otro ó trataba en alguna junta sobre el asunto, vivo todavía el papa de quien se ventilase la sucesion, fuese descomulgado y depuesto; y que muerto aquel fuese tenido por legitimo el que quedase elegido para la mayor parte de votos del clero. Lorenzo suscribió á estos decretos el primero de los presbíteros, y después fué hecho obispo de Nocera. A poco tiempo algunos clérigos y senadores á diligencias de Festo y Probrino, volvieron á llamar secretamente á Lorenzo á Roma, y renovaron el cisma, que segun algunos historiadores fué el primero que se conoció en aquella Iglesia, aunque los novacianos habian intentado antes formar uno. Los cismáticos acusaban á Simmaco de muchos crímenes; y el rey Teodorico mandó que se celebrase un sinodo en Roma para el intento. Los obispos de Liguria, Emilia y Venecia entraron en Ravena de camino de Roma, y representaron con mucho ahinco al rey, que el papa debia convocar el concilio, pues que aquel derecho le tocaba por su primacia á la Santa Sede, derivada de S. Pedro, y tenida por autoridad de los concilios mismos, asimismo que no habia ejemplar de que el pontífice hubiese de sujetarse al juicio de sus inferiores. El rey les mostró las cartas del papa por las que convenia en la convocacion, y aun la hacia de su autoridad; y á la verdad que el pontifical dice, que Simmaco convocó este concilio.

Túvose pues el sinodo en Roma en setiembre del año de 501, y declaró al papa Simmaco inocente de las acusaciones contra él alegadas, condenando á ser castigados como cismáticos todos los que osasen celebrar misa sin consentimiento suyo, pero perdonando á los que habian levantado el cisma, con tal que diesen alguna satisfaccion al papa. Cuando se llevó este decreto á las Galias todos los obispos se conmovieron y encargaron á S. Avito, obispo de Viena, que escribiese en nombre de todos ellos sobre el asunto. Este dirigió sus letrás á Fausto y Simmaco, patricios que habian sido ambos cōsules, quejándose de que habiendo si-